



Palabras de Dr. Humberto de la Calle al recibir el doctorado honoris causa de la Universidad Central

Bogotá, 19 de abril de 2017

Comienzo por agradecer de manera sincera este título Honoris Causa que me concede hoy la Universidad Central. Lo entiendo como un reconocimiento a los esfuerzos para buscar con tesón y determinación la implantación de la paz en Colombia, y como una continuidad a su decidido apoyo a la cultura de paz evidenciada en su proyecto educativo institucional.

La Universidad Central - desde que comenzaron los diálogos de paz- estuvo presente con aportes e ideas y ahora en la implementación son varios los jóvenes que hacen sus pasantías en el programa de Manos a la Paz.

Toda mi gratitud con ustedes, jóvenes, por su apoyo decidido a darle fin al conflicto y trabajar por un país con equidad, con paz duradera.

El reto es lograr que este país logre pasar la página de la violencia por la página de la equidad.

Y esta lucha debe afrontarse aprovechando haciendo una transformación cultural donde aprendamos a manejar los conflictos interpersonales, donde se respete la norma y se valore el esfuerzo individual.

Para hablar de estos retos tengo que hablarles de un elemento fundamental en las conversaciones de La Habana y fue la distinción entre el fin del conflicto y la implantación de una paz firme y duradera.

Suena abstracto pero no lo es. La Mesa de Conversaciones no fue el escenario para hablar de lo divino y lo humano. La idea de lograr primero una sociedad justa y después hablar de las armas había conducido al fracaso de intentos anteriores. Esta vez encontramos una agenda concreta para finalizar la confrontación. Y para abrir después, con la guerrilla incorporada al ejercicio político, una fase destinada a estabilizar una paz firme. Es una fase que ahora



comienza. Una construcción que exige más tiempo, esfuerzo, dedicación y movilización del conjunto de la sociedad.

El conflicto con las FARC ha terminado. Desde el cese de fuego bilateral y definitivo no hay una sola víctima. Lo acordado se viene cumpliendo más allá de algunas dificultades. Se acabó la confrontación con balas y ahora vendrá una confrontación de ideas.

La reflexión ahora no debe limitarse a lo pactado con las FARC. Por el contrario, a partir del Acuerdo se pueden y deben desencadenar procesos de transformación y cambio. El Acuerdo desata enormes oportunidades y también enfrenta desafíos.

El principal desafío es político. Disquisiciones sobre algunos aspectos del Acuerdo, realmente encubren una confrontación mayor. La de quienes creemos que aunque Colombia ha progresado, es urgente encarar problemas estructurales de nuestra sociedad. Y la de quienes por otro lado piensan que todo está bien, viven en el confort de las ciudades, se rodean de privilegios de los cuales ni siquiera son realmente conscientes porque en un acto de miopía selectiva, olvidan esa Colombia invisible que sufre. Esa Colombia invisible que sufre. Esa Colombia que está dentro de nuestras ciudades, en el campo, que día a día vive el horror de la inequidad.

Y si algún desafío tenemos al frente, este es la derrota de la profunda inequidad que nos aqueja como sociedad.

Es necesario precisar los conceptos de igualdad y equidad.

La visión de igualdad decantada en Occidente, no persigue una sociedad gris que esteriliza la realización individual. No busca imponer desde el Estado una colectividad de hormigón, férreamente basada en un mínimo común denominador. Por el contrario, reconoce diferencias entre los seres humanos. Las habilidades son diversas. También lo es la disciplina, el tesón, el esfuerzo personal.

La cuestión esencial se centra, no en la igualdad forzada, sino en un ambiente de equidad inicial que permita el desarrollo de la potencialidad individual sin



frenos producto de estructuras que anonadan la creatividad desde un comienzo. Que todos los niños comiencen su vida con oportunidades semejantes. Y que no se perpetúen situaciones de privación absoluta. Esto implica atacar desigualdades estructurales, verdaderas trampas de pobreza. La respuesta no es la igualdad teórica ante la ley. Con ironía algún pensador dijo que “todos somos iguales, pero hay algunos más iguales que otros”.

Desterrar esas trampas que convierten la vida de muchos colombianos en un ejercicio de bicicleta estática, exige descubrir cuáles son esos hoyos negros de la sociedad. Y luego tener la voluntad de superarlos, aun si ello comporta sacrificios personales.

Recientes investigaciones han avanzado en la tarea de detectar esos hoyos negros.

Me basaré principalmente en un estudio de Ferreira y Meléndez sobre la situación de inequidad en Colombia.

Dicen ellos:

“...(Aunque) ha habido progreso en el tiempo, en niveles absolutos la desigualdad es aún muy alta y lo es también en comparación con la de otros países latinoamericanos. Cuando la población se ordena según el gasto per cápita observado del hogar, las diferencias que emergen entre la calidad de vida de aquellos en los extremos alto y bajo de la distribución son enormes. Los ejercicios realizados muestran que una parte importante de la desigualdad en los resultados que obtienen las personas a lo largo de sus vidas está determinada por sus circunstancias al nacer.” (Ferreira y Meléndez. Desigualdad de Resultados y Oportunidades en Colombia: 1997-2010)

Luego agregan que *“la década de los 90s, contrario a lo que se pensaba, a pesar de ser una época de estabilidad y recuperación económica, no logró un descenso de la pobreza y la desigualdad”*.

Si bien los más pobres se benefician cuando la economía crece, lo hacen en menor proporción que los “no pobres”, lo que se traduce en mayor desigualdad.



Pero algo más grave: el índice Gini que mide la desigualdad no varía en Colombia antes y después de impuestos. Es claro que estamos ante un estado socialmente inútil. Un estado que se devora a sí mismo, que dedica sus ingresos a su propio funcionamiento y a algunos rubros importantes, pero que en el terreno de la equidad produce todavía muy pocos resultados.

No queremos insinuar que la solución mágica sea simplemente aumentar los impuestos. Por el contrario, una tributación estructural y razonable, debe ser capaz, a la vez, de mantener altos niveles de competitividad y producir cambios en los niveles de inequidad, lo cual se puede lograr a través de un sistema más justo y más progresivo, preservando, repito, la competitividad de las empresas.

Por otro lado, la racionalización del gasto así como la eficiencia en el recaudo, son también formas importantes de superar esta situación.

Lo cierto es que Colombia no se ve bien en términos de igualdad de resultados. En América Latina, Colombia se encuentra en el extremo de la mayor desigualdad, al lado de Haití. No somos una sociedad en la que los logros de las personas dependan exclusivamente de su esfuerzo, como debería ser en una sociedad equitativa. (id)

Algunos hallazgos específicos permiten diseñar políticas más eficientes.

El nivel de escolaridad alcanzado por los padres es la variable que tiene la correlación más alta con los resultados de sus hijos en la edad adulta.

Quienes nacen en municipios pequeños están en desventaja. Esto sugiere la necesidad de volcar la atención desde el punto de vista de la política pública hacia los municipios más pequeños y realizar grandes inversiones para cambiar las condiciones iniciales de quienes nacen en ellos.

Los que comienzan su vida en el dintel de nuestras costas y quienes pertenecen a grupos étnicos, tienen que sobrellevar obstáculos adicionales.

Este hallazgo coincide con los propósitos del punto uno de la Agenda de Conversaciones denominado Reforma Rural Integral.



La recuperación del campo es una asignatura pendiente. Es también una muestra de que los puntos de la Agenda no se limitan a la paz militar de los fusiles sino que encierran enorme conveniencia nacional. Las violencias agrarias han sido eslabones que alimentan la inseguridad en las ciudades. Paz con seguridad es el propósito.

En ese sentido, en materia de infraestructura, hay que marcar nuevas direcciones. Es digna de aplauso la tarea de enfrentar las carencias en vía se última generación. El país debe agradecerle al gobierno. Pero lo que viene es diferente. Es el momento de las vías terciarias, pequeños caminos para superar el atraso rural.

Una herramienta que se desprende del Acuerdo, es la puesta en marcha de Programas de Desarrollo con Enfoque Territorial. La focalización del gasto y su ejecución con alta participación de las comunidades, no solo rebaja los costos de transacción, no solo implica una mayor racionalidad en la aplicación territorial de las inversiones sino que contribuye también a erradicar la corrupción, dada la capacidad ampliada de supervisión comunitaria.

Esa decisión política de derrotar la inequidad debe venir acompañada de una cruzada para purgar a la política, la empresa y la sociedad de la corrupción.

Derrotar la corrupción nos exigirá unos cambios en nuestros comportamientos individuales y colectivos. Esto requiere una transformación cultural.

Esto requiere de todos nosotros. Requiere de unos jóvenes activos con la veeduría, de una academia que opine y de unos empresarios comprometidos con la ética.

Necesitamos reducir la brecha entra la sociedad que queremos ser y la que hoy somos.

El divorcio entre ley, moral y cultura puede reducirse mediante interacción intensificada, como diría el profesor Antanas Mockus.



Necesitamos que las leyes se apliquen a todos, que los corruptos sean sancionados, que las empresas que buscan comprar conciencias en lo pública sean castigadas penal y económicamente.

Pero también necesitamos de una transformación individual y colectiva de nosotros como ciudadanos. Tenemos que ser capaces de decirle No al todo vale. No podemos seguir premiando la narrativa del “el vivo y del bobo. Tenemos que sancionar socialmente a quien viola ley y promueve las roscas y el clientelismo.

Por fin, no se ha analizado de manera profunda el impacto de las deficiencias de la administración de justicia en la inequidad.

Se ha recorrido un camino fructífero, pero esto no debe ser excusa para solazarse en lo logrado. Hay que mirar al frente, tener presente el camino que falta por recorrer. Es un camino empedrado con dificultades. Pero todas se pueden vencer. Necesitamos congregarnos para lograrlo. Ese es un ejercicio político pero sobre todo espiritual. Es aclimatar el altruismo. Vencer la indiferencia. Romper la complacencia. Controlar el afán desmedido de lucro. Entender que para reconciliarnos no basta la paz de los fusiles. Es algo más grande y más noble. Es abrazarnos e integrarnos como nación.

Oigamos con reverencia las palabras del papa Francisco, con las cuales me permito cerrar esta reflexión:

“El abuso y la destrucción del ambiente, al mismo tiempo, van acompañados por un imparable proceso de exclusión. En efecto, un afán egoísta e ilimitado de poder y de bienestar material lleva tanto a abusar de los recursos materiales disponibles como a excluir a los débiles y con menos habilidades, ya sea por tener capacidades diferentes (discapacitados) o porque están privados de los conocimientos e instrumentos técnicos adecuados o poseen insuficiente capacidad de decisión política. La exclusión económica y social es una negación total de la fraternidad humana y un gravísimo atentado a los derechos humanos y al ambiente. Los más pobres son los que más sufren...El futuro nos pide decisiones críticas y globales de cara a los conflictos mundiales que



aumentan el número de excluidos y necesitados” (Discurso ante Naciones Unidas, septiembre de 2015).

Reconocer el progreso de nuestra sociedad no es excusa para negar los serios problemas que aún subsisten.

No hay que perder el rumbo. Hay que ahondar la tolerancia y el respeto a las ideas ajenas. Hay que asegurar que no haya de nuevo mezcla de armas y política. Hay que impulsar la fe en el diálogo. En el reconocimiento de la diferencia. En la profundización de los anhelos de los que sufren. El autoritarismo no es el camino. No es desde una oficina pública donde nos deben dictar los comportamientos morales pasando por encima de la Constitución. El ideario central de la Constitución está vivo.

Y en cuanto a la paz, por ahora incipiente, hay que impulsarla, aclimatarla. Abrir campo a la reconciliación. Discutir sí, pero con sosiego. La democracia no es unanimidad. Pero sí respeto. Tolerancia. Y, en todo caso, preservación de los valores que nos definen como comunidad. Dar marcha atrás en los acuerdos implica una falta ética. No se puede desarmar una guerrilla para incumplir lo convenido. Pero, sobre todo, no se puede perder la oportunidad de caminar hacia adelante en busca de un país más pacífico, más seguro, más integrado y más equitativo.

Humberto de la Calle Lombana